

¿Para qué sirve la filosofía?

Para “nada”.

Sartre decía que el hombre es existencia antes que esencia. Cada hombre se crea a sí mismo a partir de sus vivencias; de ahí que no exista ni “el hombre curioso por naturaleza”, ni “el racional” o “el sentimental”. No hay ninguna naturaleza para el hombre, igual que no hay ningún adjetivo para describir a cada persona del mundo.

Todo hombre aspira a ser algo, a tener su propia esencia. Pero este anhelo no se verá nunca cumplido, porque los hombres tienden a estar constantemente ocupados para divertirse y evadirse de los problemas que lo atormentan; y necesitan tener un objetivo al que aspirar, y si logran ese objetivo, buscarán otro. El hombre es un ser que se encamina hacia un horizonte y, cuando lo alcanza, no para y continúa hasta llegar al siguiente; pero si, por alguna razón, se para y no divisa el próximo horizonte, se perderá y quedará desorientado. Es una cuestión de necesidad existencial: requieren de una explicación, un sentido para sus vidas –quieren comprenderlo todo-, de lo contrario mueren por dentro y más tarde pueden hacerlo por fuera si no hallan ese sentido. Por todo esto es que el hombre nunca llegará a atenerse a una esencia concreta.

¿Y qué tiene que ver todo esto con el fin de la filosofía? Habiendo dicho esto –que el hombre nunca llegará a ser “algo”- afirmamos que el hombre es “nada”. Es entonces cuando podemos darnos cuenta de que, en cierto modo, decir que la filosofía no sirve para nada sería como decir que la filosofía solo sirve a los hombres. Se ha definido en numerosas ocasiones esta disciplina como un saber de los hombres para los propios hombres pues, simplificándola, no es más que un pensamiento reflexivo del hombre sobre sí mismo –quizás por todo esto el hombre sea a la vez la criatura más débil ante el Universo y la más noble frente a este como afirmó Pascal-.

Pero aún podríamos afinar más la utilidad de la filosofía: “La filosofía no sirve para nada, hasta que el hombre la necesita”. Bien, no queramos contradecirnos: la filosofía solo le sirve al hombre, pero únicamente le será útil cuando este la requiera. Es como un chaleco salvavidas: está ahí, incluso nos puede llegar a estorbar o molestar, pero en algún momento puede salvarnos la vida.

Desde que Prometeo les entregó el fuego a los hombres, estos se han sentido atraídos incesantemente por la búsqueda del conocimiento, del saber sobre todas las cosas. Este deseo es la fuente de todas las ciencias actuales y pasadas: la biología, la tecnología, la astronomía, etc.; y también de la Filosofía.

Es muy sencillo dar una respuesta, aunque sea más o menos exacta, si nos preguntan por alguna de las ciencias citadas anteriormente: -¿Para qué sirve la tecnología? -Para producir utensilios y procesos que nos faciliten nuestras tareas- , podríamos responder. Pero cuando nos proponemos responder a las grandes preguntas que todo hombre, sin excepción alguna, se plantea a lo largo de su vida (ya sea con mayor o menor frecuencia), -tales como ¿de dónde vengo?, ¿a dónde me dirijo?, ¿qué sentido tiene todo esto?- un telescopio, un submarino o las células madre no nos sirven de mucho. Y es aquí donde entra en juego la Filosofía.

El objetivo que presenta la Filosofía es dar con aquellas respuestas que abarcan conocimientos tan íntegros que las ciencias abstractas no pueden explicar: origen y destino del hombre, su labor en el mundo, la búsqueda del buen vivir... Muchas respuestas, más concretamente la mayoría de ellas, no han sido halladas; pero hay aspectos que se ven desarrollados y se muestran en nuestra sociedad, como es el caso de la ética.

La Ética persigue una manera considerada correcta y buena de vivir. Esto se ha llevado a cabo durante siglos y aún se sigue desarrollando. Digamos que la Ética constituye una parte práctica de la Filosofía, en la que todas esas reflexiones provenientes del filosofar se utilizan para encontrar un modelo de comportamiento que seguir en la vida. Tras esta parte de la Filosofía quedan momentos cumbre en la historia de la humanidad como es la Declaración Universal de los Derechos Humanos, con aspectos reconocidos del hombre como son su dignidad y libertad.

También encontramos una estrecha relación entre las reflexiones filosóficas y las creencias religiosas. Los hombres fundaron diversas religiones con el fin de dar respuestas a las cuestiones que ellos no podían solucionar: “Dios creó a los hombres y Él se los lleva” como respuesta al origen y a la muerte.

Se inventaron sus propias respuestas para calmar su frustrante desesperación ante la ignorancia. Una dimensión fatal de la condición del hombre es que ha sido privado del conocimiento total, únicamente digno de un dios, pero le ha sido otorgada la implacable curiosidad -aunque si son los propios hombres los “creadores” de los dioses, o bien esos conocimientos totales no existen y se resignan, o de verdad hay algo superior que tiene conciencia de ello-. Pero como el que pudiera ser nuestro sentido más profundo nos impulsa a conocer, no debemos asustarnos si nos vemos inmersos en un océano de incógnitas sin resolver que se multiplican sin que apenas nos percatemos de ello. No, no debemos retroceder, tenemos que nadar en esas aguas desconocidas todo lo que nos sea posible. Y para ello contamos con nuestro chaleco salvavidas: debemos filosofar.

Con todo esto, al igual que si nos resulta difícil dar una definición íntegra del hombre no nos parece raro no poder dar una definición clara de la filosofía, no nos debe resultar extraño que si nos resulta igual o más complicado dar un sentido a la vida del hombre no seamos capaces de dar una finalidad precisa a la Filosofía.

“Cuando el hombre descubra ‘por qué’ filosofa, descubrirá ‘para qué’ lo hace.”